

Seguir de un arroyuelo bullicioso  
 el curso vario, á veces anheloso,  
 muy cerca de su margen, su corriente,  
 por instantes, plateada contemplando,  
 y á veces alejado indiferente,  
 sus pasos hacia el bosque encaminando.

Sin ver sus aguas deslizarse al río,  
 pero oyendo su eterno murmurío.  
 ¡Feliz si puede hallar en su jornada  
 el lugar do sus aguas desembocan!  
 ¡Feliz si de esta pobre desterrada  
 encuentro al fin do sus desdichas tocan!

## II

Erase el mes de Mayo. Asaz ligera,  
 pasada del Ohio la ribera  
 y las bocas del Wábasb, resbalaba  
 del ancho Mississipi en la corriente,  
 ruda y fuerte canoa, que guiaba  
 con mano experta la Acadiese gente.

Eran una reunión de desterrados  
 que, cual si fueran restos dispersados  
 de una nación en el naufragio un día,  
 ya por sus creencias y el dolor unidos,  
 erraba por las costas, á porfía  
 por extranjeros vientos impelidos.

Hombres, mujeres, niños que buscaban  
 guiados por la esperanza que abrigaban,  
 á través de las fértiles praderas,

que el Opelousas esmaltó de flores,  
O de la Acadia tierra en las riberas,  
sus parientes y amigos labradores.

Iba de aquella turba acompañada  
la pobre Evangelina, enamorada  
cual siempre de Gabriel; pero con ella  
mirábase al buen padre Feliciano,  
que para aquella cándida doncella,  
más que su padre ó juez, era su hermano

Uno tras otro, fatigoso día  
la fuerte barca sin cesar corría,  
arrastrada á merced de la corriente,  
á través de las sombras vacilantes  
que en el lecho del río dulcemente  
proyectaban los árboles gigantes.

Y una noche tras otra en las riberas,  
cabe ardientes y fúlgidas hogueras,  
tristes y silenciosos acampaban.  
A veces, á través de los torrentes  
que altísimos rugiendo se arrojaban,  
aumentando el caudal de las corrientes,

O entre islotes, do enhiestos cual plumeros  
mirábanse al pasar, algodoueros  
que sus blancos capullos sacudían,  
los pobres é infelices desterrados  
su marcha fatigosa proseguían,  
á sus remeros solo confiados;

Otras veces, intrépidos pasaban  
por las anchas lagunas, do miraban  
plateados bancos de menuda arena  
quietos entre las aguas, y rozando  
la superficie de hojarascas llena,  
bandadas de pelícanos cruzando.

En el bello y magnífico paisaje  
de la margen del río, entre el follaje  
de árboles tropicales, rodeadas  
de espléndidos jardines se veían,  
el alto palomar y las moradas  
do el negro fiel y su señor vivían.

Iban ya aproximándose al bajo  
do eterno reina abrasador estío,  
do atravesando por la Costa de Oro,

entre bosques de cidra y naranjales,  
aleja el río su raudal sonoro  
para bañar las playas orientales.

Entonces de su margen separados  
pronto viéronse solos y extraviados  
sobre aguas perezosas y dormidas,  
que como malla de brillante acero,  
en todas direcciones extendidas,  
la corriente ocultaban al remero.

Sobre de sus cabezas se elevaban  
y aéreos arcos al azar formaban,  
las ramas de ciprés, que suspendían  
de heno verde terciadas espirales,  
como aquellas banderas que pendían  
de los muros de antiguas catedrales.

Silencio al de la muerte parecido,  
reinaba por do quier, interrumpido  
tan solo por las garzas, que volando  
al cedral regresaban á ocultarse,  
y por hórrido buho, que graznando  
saludaba la luna al levantarse.

La luna melancólica se alzaba  
y su luz en las aguas reflejaba,  
pasando entre el océano de verdura  
de cedros y cipreses cimbradores,  
cual pasan á través de la bendidura  
de abandonadas ruinas, sus fulgores.

Soñoliento y distinto aparecía  
todo cuanto á sus ojos se extendía;  
y á un sentimiento vago de tristeza,  
que en esa soledad les inspiraba  
tan variada y feraz naturaleza,  
atrez presentimiento se mezclaba.

Tal como las pisadas escuchando,  
de un corcel sobre el césped galopando,  
áun creciendo á lo lejos, la mimosa  
plega sus hojas y su cáliz cierra,  
así al mirar el alma pesarosa  
todo lo malo que su suerte encierra,

Cuando los golpes del destino aguarda,  
como la flor se encoge y se acobarda.  
Mas el alma de aquella Evangelina,

pensó en sus sueños cándidos de amores,  
que una visión fantástica y divina  
le hablaba de la luna en los fulgores.

Por aquellos islotes tenebrosos  
y por aquellos campos ardorosos,  
antes que ella, Gabriel vagado había,  
y áun cuando fuese de ellos ignorado,  
cada golpe de remo, la penía  
más inmediata y próxima á su amado.

Entonces, balanceando la canoa,  
levantóse un remero por la proa,  
y como una señal, si por acaso  
otro con rumbo opuesto navegara,  
dió con su largo cuerno un trompetazó  
que el peligro en las sombras le anunciara.

De la bocina aquella los clamores  
entre aquellos silvestres corredores  
y oscuras columnatas se esparcieron,  
cada vez más callados resonando,  
y lengua y voces á la selva dieron,  
de la noche el silencio perturbando.

Sobre ellos se agitaron silenciosas  
dei heno las banderas olorosas;  
y los eocs distantes, repetidos  
del uno al otro bosque, por momentos  
escuchándose fueron adormidos  
resonar como débiles lamentos.

Mas ni una voz á su clamor unióse,  
ni una respuesta entre la sombra oyóse;  
y después que los eocs acallados  
perdiéronse en el bosque tenebroso,  
al redor de los pobres desterrados  
todo quedó más triste y silencioso.

La muchacha y el Padre se durmieron,  
mas los pobres remeros prosiguieron  
en la sombra bogando, en ocasiones  
silenciosos y tristes caminando,  
ó canadenses dúcidas canciones,  
como en sus patrios ríos entonando.

En la noche, entretanto, resonaban  
los ruidos del desierto, y se escuchaban,  
con aquellos rumores confundidos,

quejas del viento, que llorar solía,  
del lagarto los hórridos rugidos,  
de las grullas la ronca gritería.

Pero la sombra y el silencio huyeron,  
y en las mañanas, trasportados, vieron  
cubierto el cielo de matices vagos,  
del sol á los brillantes resplandores,  
de Afchalaya los dormidos lagos  
que un genio oculto coronó de flores.

Tras la corriente que en el agua hacían  
los largos remos que al bogar se hundían  
mil acuáticos lirios resbalaban,  
y los lotus, radiantes de belleza,  
sus doradas coronas levantaban,  
rozando á los remeros la cabeza.

Cuando del sol la lumbre abrasadora  
al acercarse de la siesta la hora,  
brillaba ardiente en el zenit, el viento  
al pasar, por los bosques refrescado,  
llegaba dulce y apacible y lento,  
por las blancas magnolias perfumado.

Entonces, ofreciendo á su fatiga  
sueño reparador, la playa amiga  
de innúmeros islotes contemplaron,  
donde en silvestre profusión las rosas  
que en vallados y setos se enredaron  
crecieron siempre bellas y olorosas.

De las ramas de un sauce que en el frente  
de la márgen crecía fuertemente  
amarraron su bote y esparcidos  
sobre del verde césped, do extendieron  
sus miembros de fatiga entumecidos,  
los cansados viajeros se durmieron.

Sobre ellos sus follajes extendía  
la ancha copa de un cedro y á porfía  
las uvas y lignonias, enlazando  
sus flotantes ramajes, se colgaban  
como una escala de Jacob formando,  
do en lugar de los ángeles trepaban

Graciosos chupa-mirtos de colores  
que las mieles libaban de las flores  
en su incesante y caprichoso giro.

Tal era la visión que Evangelina  
al dormirse en tan poético retiro  
miró á su vista aparecer divino.

Llena estaba de amor su jóven alma  
y de su sueño en la profunda calma  
del cielo abierto el resplandor dudoso  
iluminó su espíritu dormido,  
llevándole un reflejo luminoso  
de apartadas regiones desprendido.....

Más cerca cada vez, y entre los varios  
selváticos islotes solitarios,  
sobre las aguas sin cesar corría,  
cuando su prora rápida impulsaban  
cabe los bancos que doquier había,  
bote que al frío Septentrion guiaban:

Do crecen los bisontes y castores,  
los brazos de robustos cazadores.  
Junto á la popa y al timón sentado,  
con semblante afligido y pesaroso  
de quien va por sus penas preocupado  
se hallaba un jóven de apariencia hermoso;

Cafan en desórden negligente  
sus negros rizos sobre la ancha frente  
al inclinar su lánguida cabeza,  
y en su rostro pintado se veía  
profundo sentimiento de tristeza  
que á sus tempranos años excedía.

Era el joven, Gabriel, que desdichado  
y de esperar y de sufrir cansado  
en los salvajes campos de Occidente,  
por el dolor y el desengaño herido,  
queriendo ser á todo indiferente,  
buscaba de sus penas el olvido.

Como su bote sin cesar marchaba  
de la isla á sotavento, do se hallaba  
gigantésca muralla de palmeros  
ver no pudieron del opuesto lado  
ni Gabriel ni sus cautos compañeros  
el bote entre los sauces amarrado.

Y los otros cansados y dormidos  
de aquellos remos entre el agua hundidos  
no escucharon los ecos, ni del cielo

hubo un ángel de Dios que descendiera  
y á aquella niña de virtud modelo  
de su letargo despertar hiciera.

Pero despues que del palmar distantes  
los eccs de los remos resonantes  
casi extinguidos por azar se oyeron,  
cual por resorte mágico tocados  
despiertos todos á la par se vieron  
aquellos infelices desterrados.

La niña, entonces, suspirando dijo:  
"¡Ay! Padre mío, mi Gabriel, de tijo  
debe cerca de mí vagar errante  
por este triste y lúgubre desierto;  
algo le dice al corazón amante  
que este delirio de mi mente es cierto."

"¿Será supersticion? ¿será locura?  
¿será sueño tal vez? ó ¿por ventura  
compadecido Dios de mis dolores  
habrá algún ángel desde el cielo enviado  
á hablarme de Gabriel y sus amores  
y él á mi alma lo hubiese revelado?"

De su creencia despues arrepentida,  
prosiguió, ruborosa y conmovida:  
—"¡Qué crédula soy yo! . . . Para un oído  
experto como el tuyo, nada valen  
las palabras vacías de sentido  
que de mis labios temblorosos salen."

—"No es cierto, niña, lo que estás diciendo,  
respondióle el anciano sonriendo;—  
no puede ser inútil tu palabra,  
ni de sentido parecer vacía,  
cuando ella sola tu contento labra.  
Son profundas tus penas, hija mía,

Mas las palabras que sobre ellas flotan,  
son cual las boyas que la mar azotan  
y de las anclas el lugar revelan;  
cree, pues, en tus propias emociones  
y en esos sueños que tu afán consuelan,  
que en el mundo se llaman ilusiones.

"El se halla junto á ti sin duda alguna.  
No lejos, hacia el Sur, tras la laguna  
do los bancos de Teche se levantan,

y de San Mauro y San Martín se miran  
las dos ciudades que la vista encantan  
y que contento al corazón inspiran,

El novio, fiel á su pasión constante,  
será devuelto á la errabunda amante,  
y el ausente pastor de largos años  
será devuelto á su redil primero,  
y otra vez en los campos, sus rebaños  
podrá cuidar con diligente esmero.

“En sus bosques y selvas solo encierra  
árboles tropicales esa tierra;  
jardín de flores nos parece el suelo,  
por arroyos de plata embellecido,  
y el más azul y esplendoroso cielo  
se ve sobre esas selvas suspendido.

“Los buenos y felices labradores,  
que son de aquella tierra moradores,  
en su lenguaje pintoresco y vivo,  
que con lo bello del lugar se hermana,  
le llaman siempre á su país nativo,  
“El Edén encantado de Luisiana.”

Cuando el cura calló, se levantaron  
y el fatigoso viaje continuaron.  
Triste llegó la tarde: en Occidente  
el sol engrandecido descendía,  
y un rayo de oro de su luz ardiente  
por los campos, alegre, se extendía.

De blanca niebla los flotantes velos  
á lo alto se elevaron, y los cielos,  
las aguas y los bosques, confundidos  
del sol ante los últimos fulgores,  
cual si estuvieran por su luz unidos,  
brillaron con dudosos resplandores.

Colgada entre dos cielos, una nube  
blanca como las alas de un querube,  
flotaba sobre el bote, que ligero,  
por sus remos sonantes impulsado,  
cruzaba sobre el líquido sendero,  
en sus ondas de plata retratado.

Lleno de una emoción dulce y divina  
estaba el corazón de Evangelina,



y cual mágico hechizo, se miraban  
 las fuentes de su casto sentimiento,  
 que con la llama del amor brillaban  
 cual brillaba sobre ella el firmamento.

De un bosque, entonces, poético y cercano,  
 el cantor de las selvas soberano  
 su vuelo levantó, para posarse  
 en las ramas de un sauce, que sombrío  
 se miraba tranquilo reflejarse  
 sobre las aguas del sereno río.

Después, desde la rama cimbradora  
 tal torrente de música sonora  
 lanzó á los aires su argentino acento,  
 que quietos y callados se quedaron  
 el bosque, el agua y el alado viento,  
 cuando sus dulces cantos escucharon;

Fueron primero dulces y quejcosos,  
 mas después que sus cantos rumorosos  
 del bosque en lo profundo se perdieron,  
 se tornaron en himnos resonantes

que, por los aires al cruzar, se oyeren  
 cual himnos de frenéticas bacantes.

Luégo, se oyeron sus senoros trinos  
 como triste lamento, en los vecinos  
 bosques de al rededor, y desatando  
 su lengua al fin, en argentinas notas,  
 de entre las ramas se alejó, volando  
 á otras playas distantes y remotas,

Como tras ruda tempestad, el viento  
 entre las selvas al huir violento,  
 derrama con sonoro murmurío,  
 sacudiendo las copas del ramaje,  
 las cascadas de perlas del rocío  
 con que la lluvia coronó el follaje.

De tan gratas y dulces emociones  
 llenos los palpitantes corazones,  
 al fin de Teche á la región entraron,  
 por cuyos campos, la fugaz corriente  
 del hermoso Opelousas contemplaron.  
 El aire estaba azul y trasparente;

Tras las cimas del bosque se elevaba  
blanca columna de humo, que brotaba  
de las vecinas chozas, y se oían  
de pastoriles cuernos los gemidos,  
y los ecos del bosque repetían  
del errante ganado los balidos.

## III

En la margen del río, protegida  
por robles seculares, circuida  
por guirnaldas de muérdago sagrado,  
igual al que el druida preparaba  
en Navidad, al templo consagrado, (\*)  
la alegre casa del pastor se hallaba.

Bello jardín de tropicales flores  
que en el aire esparcían sus olores,  
se hallaba al rededor, y era la casa  
hecha de la durísima madera  
del altivo ciprés, que nunca escasa  
de aquel país en las montañas era.

(\*) Aunque hay un verdadero anacronismo al suponer que los druidas cortaban el muérdago en Navidad, hemos querido no alterar el original, siguiéndole con la mayor fidelidad posible.